

CARLOS ALBERTO SACHERI

1933 - 1974

I. Domingo 22 de diciembre. Acababa de recibir a Cristo sacramentado. Frente a su casa. Rodeado de su mujer y de sus hijos. El misterio de iniquidad movió la mano del asesino que le quitó la vida. Muerte cargada de simbolismo: Venía de comulgar, marido amante y fidelísimo, padre ejemplar, apóstol de su Fe, imagen del laico sin tacha. Todo esto se quiso negar con su muerte, todo eso se quiso anular en él. Ceguera de la pasión homicida que al matarle le abre el camino de la Vida, que al querer anular todo lo que él representaba, lo transforma en símbolo y en semilla fértil que seguramente fructificará en el futuro inmediato. La muerte de Carlos Alberto Sacheri, más allá del dolor y de las lágrimas, ha tenido la virtud de reanimar mi optimismo y mi esperanza en la rehabilitación cristiana de la Argentina, porque si Dios ha comenzado a permitir que algunos de sus hijos merezcan morir por Él, es porque en su infinita misericordia ha decidido salvar nuestro querido y confundido país.

Cómo no recordarle, yo precisamente, si el primer artículo que publicó en su vida (en la revista *Presencia* en 1955) fue una extensa nota sobre mi libro *El pensamiento de Mamerto Esquiú* destacando la doctrina socio-política del santo franciscano. Por donde se veía ya la vocación de toda su vida y la posterior tenacidad suya en difundir la doctrina social de la Iglesia. Poco después nos conocimos personalmente y nos hicimos amigos. Recuerdo el tierno afecto que por él sentía el P. Julio Meinvielle, que no hubiese imaginado cuán prontamente su discípulo habría de seguirle.

Apenas egresado de la Facultad de Derecho, su vocación filosófica, en particular por la filosofía práctica, hizo de él un conocedor profundo del pensamiento de Santo Tomás. Pero, al mismo tiempo, recuerdo sus preocupaciones por el idealismo inmanentista de Giovanni Gentile, por el pensamiento moderno, sin detrimento de los Padres de la Iglesia y, sobre todo, su preocupación por el pensamiento del Magisterio de la Iglesia. Marchó en 1961 a la Universidad Laval de Québec donde obtuvo la licenciatura en Filosofía en 1963 y el grado de doctor en 1968 con su tesis sobre *Existence et nature de la délibération*, cuyo texto definitivo todos esperamos conocer lo antes posible. Antes de referirme a sus principales escritos, es preciso tener presente que, ante todo y por encima de todo, Sacheri era un *apóstol*. Esa era la tarea esencial de su vida: Luchar en pro de la *consagración del mundo y del país a Cristo* para que el Señor de las naciones reine *efectivamente* en ellas. En ese sentido, Sacheri era *uno*, católico íntegro, idéntico con su Fe. En este tiempo de tantas traiciones, de católicos que lo son en casa y no en la función pública, en casa y no en la Universidad, Sacheri lo era *siempre y en toda circunstancia*. El misterio de iniquidad que no quiere que Cristo *reine*, que Cristo *impere*, odia precisamente esa vocación del laico católico. Y le dio muerte.

En el orden humano, confieso que la desaparición de Sacheri me ha dolido atrozmente. El gozo sobrenatural de su encaminamiento a la Gloria, de su *testimonio* de la sangre, no logró suprimir el dolor humano. Desde el día de su muerte no puedo quitar de mi mente a María Marta, su mujer, y a sus siete pequeños con quienes, sin embargo, acaba de ejercer la suprema *docencia* de su muerte. ¡Qué hermoso, para ellos, tener un padre así!

II. Es evidente que su obra intelectual ha quedado trunca, por lo menos para nuestra visión terrena de la misma. Pero ya se perfilaba con notable claridad: Lo propiamente filosófico mostrado en su tesis sobre la *deliberación* sobre la cual espero poder ocuparme un día. Después, el aspecto crítico-apologético ejemplarmente ejercido en su notable "crónica teológica" (como él le llamó) sobre *La Iglesia clandestina* (tres ediciones, 1970) fruto de su amor sin límites por la Iglesia Católica, particularmente frente a los actuales embates del neomodernismo; decía entonces Sacheri: "Toda tentativa de reconciliación del mundo moderno con la Iglesia que no se funde en una verdadera conversión del mundo a la Iglesia, está condenada de antemano y no servirá sino para 'hacer el juego' al adversario". Rechazando toda "actitud pusilánime", Sacheri estaba convencido de que "los laicos deben en esta hora difícil alentar a los sacerdotes y Obispos fieles a perseverar en su vocación. El testimonio de los laicos es sumamente valioso para el buen sacerdote". Heroico amigo, cuyo testimonio, precisamente con su muerte, vale ahora infinitamente más. Por último, debemos considerar su tenaz y sistemática exposición de la doctrina social de la Iglesia, claramente documentada en sus artículos reunidos en el volumen *La Iglesia y lo social* donde nada falta, ni siquiera detalles, en lo que respecta a la doctrina pontificia sobre la sociedad, el Estado, la organización sindical, las sociedades menores, etc. Allí y no en las doctrinas anticristianas alimentadas en el inmanentismo neomodernista (aunque se muestren como católicas) deben los católicos argentinos alimentar sus mentes para luchar por un orden natural y cristiano de esta sociedad. Sacheri hizo de este propósito casi diría el objeto esencial de su vida.

III. Como los grandes laicos que ha tenido la Iglesia Católica, como Donoso, Veuillot, Estrada, Chesterton, de Maeztu, con la muerte, sobre todo con *esa* muerte, la vida de Sacheri se carga de sentido sobrenatural. Su muerte, como dice San Pablo, si ha sido un conmorir con Cristo, pone en evidencia que pertenecía "a los resucitados de entre los muertos" (Rom., 6,13) que saben "morir cada día" (1 Cor., 15,31) y, por eso, con la muerte física, alcanza la corona de la vida (Ap., 2,10).

Que Dios lo tenga consigo.

ALBERTO CATURELLI